

Algunas caracterizaciones de la filosofía.

Carlos Thiebaut, *Conceptos fundamentales de filosofía*.¹

“Filosofía. Literalmente, ‘amor a la sabiduría’. El término griego original ha ido significando actividades intelectuales muy diversas a lo largo de la historia y dar una definición de la filosofía implica suscribir alguno de los sistemas que la han interpretado y aceptar, por tanto, sus supuestos. Cada uno de estos sistemas, escuelas o corrientes han dado relevancia o primacía a algún rasgo o función de tan peculiar actividad y la definición que sigue -intencionalmente vaga- puede, por lo tanto, ser entendida de maneras muy diversas. En términos generales podemos arriesgarnos a decir que la filosofía es una actividad intelectual y una disciplina de investigación (es decir, una forma de conocimiento y de saber), que define su estatuto en problemática referencia a otros saberes y conocimientos, y que se ha caracterizado por (intentar) dar una explicación general y sistemática de, al menos, tres elementos: 1) de la estructura de la realidad (metafísica); 2) del origen y validez de nuestro conocimiento (ciencia, epistemología, lógica, teoría del conocimiento, filosofía de la mente) y 3) de las formas de la acción humana y de los criterios de lo moralmente válido (teoría de la acción, ética, filosofía política)... Asimismo, un rasgo especialmente relevante en filosofía, más que en otras disciplinas, es que encuentre en su historia motivos, estructuras y problemas que siguen definiendo su actuar contemporáneo. Pero, por más que resulte difícil practicar la reflexión filosófica al margen de su historia, no significa que aquella pueda resumirse en ésta; pues el pasado filosófico, si no es interrogado desde el presente, permanece mudo.”

Darío Sztajnszrajber, *¿Para qué sirve la filosofía?*²

“Hacer filosofía es colocarse en un lugar de extrañamiento frente a todo lo que nos rodea, frente a todo lo que se nos presenta como obvio. Todos podemos desmarcarnos de lo cotidiano para ingresar en la penumbra del extrañamiento, que no es más que recuperar de alguna manera nuestra capacidad de asombro. El asombro y la obviedad están íntimamente ligados, ya que al desconfiar de las obviedades circundantes, todo se nos aparece entonces con una intensidad diferente. Todo se nos aparece en su diferencia y lo percibimos como si fuese la primera vez que lo conocemos. Recuperamos la mirada de principiante.

(...)

¹ Thiebaut, C., *Conceptos fundamentales de filosofía*, Alianza, Madrid, 2000.

² Sztajnszrajber, D., *¿Para qué sirve la filosofía? (pequeño tratado de demolición)*, Planeta, Buenos Aires, 2013.

La palabra «obvio» puede entenderse, en latín, como la vía que se me despliega tan enfrente de mí que creo que es la única que existe y por eso la tomo. Algo obvio como aquello que se me presenta como si fuera la única posibilidad y no puedo vislumbrar que hay otros caminos posibles. Lo obvio no incluye la diferencia. La disuelve. Lo obvio no plantea alternativas. Las estigmatiza.

(...)

Sin embargo, allí donde abrimos una brecha; allí donde empieza a visualizarse la fisura; allí donde podemos aun preguntar *por qué...* Allí, la búsqueda del fundamento nos obliga a ir por la diferencia. A diferir el sentido. Una pregunta no se responde sino con una diferencia. Por eso, de lo único que se trata es de colocar la pregunta. La naturaleza de la filosofía, si la hay, tiene más que ver con descubrir la pregunta que con formular certezas. Descubrir la pregunta en ese sentido originario que tiene la palabra «descubrir» de quitar la cobertura, poner la cosa a la luz para entender que en su profundidad hay un abismo, una catarata infinita. Preguntar es un ejercicio de desmontaje de aquellas certezas que a lo largo de la historia se instalaron como capas de verdades imponiendo la tiranía de lo obvio. Y cada capa, y cada verdad, y cada certeza, siempre al servicio de otras capas, de otras verdades, de otras certezas, conformando una red que se cierra en sí misma y se impone sin dar lugar a la pregunta.”

Karl Popper, La naturaleza de los problemas filosóficos y sus raíces en la ciencia.³

“Cualquier intento infructuoso de resolver un problema científico o filosófico, si es un intento honesto y concienzudo, me parece más importante que una discusión de cuestiones como: ‘¿Qué es la ciencia?’ o ‘¿qué es la filosofía?’ Y aún si formuláramos esta última cuestión, como deberíamos, en la forma ligeramente mejorada: ‘¿cuál es el carácter de los problemas filosóficos?’, yo, por lo menos, no me preocuparía mucho por ella; tendría la sensación de que carece de importancia, aun comparada con problemas menores de la filosofía como la cuestión de si toda discusión o toda crítica debe partir siempre de ‘supuestos’ o ‘suposiciones’ que no son en sí mismos discutibles. Cuando dije que el interrogante: ‘¿cuál es el carácter de los problemas filosóficos?’ es una forma un poco mejorada del otro: ‘¿qué es la filosofía?’, quise aludir a una de las razones de la futilidad de la controversia actual concerniente a la naturaleza de la filosofía: la creencia ingenua de que existe una entidad como ‘la filosofía’, o quizás como ‘la actividad filosófica’, que tiene un cierto carácter, esencia o ‘naturaleza’. La

³ Popper, K., “La naturaleza de los problemas filosóficos y sus raíces en la ciencia”, en *Conjeturas y refutaciones*, Paidós, Buenos Aires-Barcelona, 1991, pp. 94-97.

creencia de que existen entidades como la física, la biología o la arqueología, y de que estos ‘estudios’ o ‘disciplinas’ se distinguen por el tema que investigan me parece un residuo de la época en que se creía que una teoría debía partir de una definición de su objeto propio de estudio. Pero sostengo que los objetos de estudio, o tipos de cosa, no constituyen una base para diferenciar disciplinas. Las disciplinas se diferencian en parte por razones históricas y por razones de conveniencia administrativa (como la organización de la enseñanza y de los equipos), y en parte porque las teorías que construimos para resolver nuestros problemas tienen una tendencia a constituir sistemas unificados. Pero todas estas clasificaciones y distinciones son relativamente poco importantes y superficiales. *No estudiamos temas, sino problemas; y los problemas pueden atravesar los límites de cualquier objeto de estudio o disciplina.*

...deseo reafirmar mi convicción de que un filósofo debe filosofar; debe tratar de resolver problemas filosóficos, y no hablar acerca de la filosofía. [...] ocurre que no sólo estoy profundamente interesado en ciertos problemas filosóficos (no me preocupa mucho saber si es ‘correcto’ llamarlos ‘problemas filosóficos’), sino que también me anima la esperanza de que pueda contribuir a su solución, aunque sea un poco y aunque sea a costa de una ardua labor. Mi única excusa para hablar aquí acerca de la filosofía —en lugar de filosofar— es mi esperanza de que al llevar a cabo mi programa para esta alocución se me presente, después de todo, una oportunidad para filosofar un poco.”

Karl Popper, Hacia una teoría racional de la tradición.⁴

“Se ha discutido con frecuencia acerca de ese objeto peculiar al que llamamos tradición científica. A menudo se ha expresado asombro por ese extraño suceso que ocurrió de algún modo y en alguna parte de Grecia en los siglos VI y V antes de Cristo; la invención de una filosofía racional. ¿Qué es lo que realmente sucedió, por qué sucedió y cómo? Algunos pensadores modernos afirman que los filósofos griegos fueron los primeros en tratar de *comprender* lo que ocurre en la naturaleza. Trataré de explicar por qué esta afirmación es insatisfactoria.

Los primeros filósofos griegos trataron, es verdad, de comprender lo que sucede en la naturaleza. Pero también lo intentaron antes de ellos los creadores de mitos, más primitivos. ¿Cómo podemos caracterizar este tipo primitivo de explicación que fue superado por los patrones de los primeros filósofos griegos, los fundadores de nuestra tradición científica? Para decirlo más toscamente, cuando los creadores de mitos precientíficos veían aproximarse una tormenta decían: ‘¡Oh, Zeus está enojado!’ y

⁴ Popper, K., “Hacia una teoría racional de la tradición”, en *Conjeturas y refutaciones*, Paidós, Buenos Aires-Barcelona, 1991, pp. 162-164.

cuando veían el mar agitado decían: ‘Poseidón está enojado’. Tal era el tipo de explicación que se consideraba satisfactorio antes de que la tradición racionalista introdujera nuevos patrones de explicación. ¿Cuál era, realmente, la diferencia decisiva?

Pienso que la innovación que introdujeron los primeros filósofos griegos fue aproximadamente la siguiente: comenzaron a *discutir* esas cuestiones. En lugar de aceptar la tradición religiosa sin crítica y como algo inalterable (al igual que los niños que protestan si la tía cambia una palabra de su cuento de hadas favorito), en lugar de atenerse meramente a la tradición, la desafiaron y a veces hasta inventaron un nuevo mito en lugar del viejo. Tenemos que admitir, creo, que las nuevas historias que pusieron en el lugar de las viejas eran, fundamentalmente, mitos, al igual que las viejas historias; pero hay dos cuestiones acerca de ellas que vale la pena destacar. Primero, no eran meras repeticiones o reordenamientos de las viejas historias, sino que contenían elementos nuevos. No se trata de que esto sea en sí mismo una gran virtud, Pero lo segundo y más importante es que los filósofos griegos inventaron una *nueva tradición*: la de adoptar una actitud crítica frente a los mitos, la de discutirlos; la tradición no sólo de contar un mito, sino también de ser desafiado por la persona a quien se le relata. Después de contar su mito, estaban dispuestos, a su vez, a oír lo que sus oyentes pensaban acerca de él, con lo cual admitían la posibilidad de que éstos tuvieran una explicación mejor. Era algo que no había ocurrido antes. Surgió una nueva manera de plantear preguntas. Junto con la explicación —el mito— surgía la pregunta: ‘¿Puede ofrecerme usted una explicación mejor?’.

Mi tesis es que lo que llamamos "ciencia" se diferencia de los viejos mitos no en que sea algo distinto de un mito, sino en que está acompañada por una tradición de segundo orden: la de la discusión crítica del mito. Antes, sólo existía la tradición de primer orden. Se transmitía una historia definida. Luego hubo, por supuesto, una historia que se transmitía, pero iba acompañada también de algo así como de un silencioso texto complementario, con un carácter de segundo orden: ‘Se lo entrego, pero dígame qué piensa de ella, piense en la cuestión. Quizás usted pueda ofrecernos una historia diferente’. Esta tradición de segundo orden era la actitud crítica o razonadora. Era algo nuevo, creo, y constituye aún lo más importante de la tradición científica. Si comprendemos esto, adoptaremos una actitud totalmente diferente hacia una cantidad de problemas del método científico. Comprenderemos que, en cierto sentido, la ciencia crea tantos mitos como la religión. Pero dirán: ‘Sin embargo, los mitos científicos son muy diferentes de los mitos religiosos’. Es cierto que son diferentes. Pero, ¿por qué son diferentes? Porque si se adopta esa actitud crítica, entonces nuestros mitos se convierten en algo diferente. Cambian; y cambian para dar una explicación cada vez

mejor del mundo, de las diversas cosas que podemos observar. Y también nos estimulan a observar cosas que nunca habríamos observado sin esas teorías o mitos.”

Karl Popper, Sobre el carácter de la ciencia y de la metafísica.⁵

“Una de las cosas que puede hacer un filósofo, y una de las que pueden contarse entre sus mayores logros, es ver un *enigma*, un *problema* o una *paradoja* no advertidos previamente por nadie. Se trata de una realización aún mayor que la de resolver el enigma. El filósofo que ve y discierne por primera vez un problema nuevo perturba nuestra pereza y nuestra complacencia. Hace con nosotros lo que Hume hizo con Kant; nos despierta de nuestro ‘sueño dogmático’. Abre un nuevo horizonte ante nosotros.”

Immanuel Kant, Crítica de la Razón Pura.⁶

“[A838] [B866] El sistema de todo el conocimiento filosófico es la filosofía. Se la debe tomar objetivamente, si se entiende por ella el modelo para la evaluación de todos los ensayos de filosofar, la cual [la filosofía] ha de servir para evaluar toda filosofía subjetiva, cuyo edificio es, con frecuencia, tan múltiple y cambiante. De ese modo, la filosofía es una mera idea de una ciencia posible, que no está dada en ninguna parte *in concreto*, a la cual, empero, uno procura aproximarse por varios caminos, hasta que se descubra el sendero único, muy invadido por el crecimiento de la sensibilidad, y se logre hacer igual al modelo -tanto como ello sea concedido a los hombres- la copia, que hasta ahora es fallida. Mientras [eso no se haya alcanzado], no se puede aprender filosofía; pues ¿dónde está, quién la posee, y cómo se la puede reconocer? Sólo se puede aprender a filosofar, es decir, [sólo se puede] ejercitar el talento de la razón siguiendo, en ciertos ensayos que están disponibles, los principios universales de ella, pero siempre con la salvedad del derecho de la razón, de examinarlos a ellos mismos en las fuentes de ellos, y de confirmarlos, o recusarlos.”

David Hume, Tratado de la naturaleza humana.⁷

“Todo lo que tiene aire de paradoja y se opone a las nociones más antiguas y desprejuiciadas de la humanidad es frecuentemente abrazado con vehemencia por los filósofos, como si mostraran así la superioridad de una ciencia que puede descubrir cosas tan alejadas de las concepciones del vulgo. Por otra parte, todo lo que causa

⁵ Popper, K., “Sobre el carácter de la ciencia y de la metafísica”, en *Conjeturas y refutaciones*, Paidós, Buenos Aires-Barcelona, 1991, p. 229.

⁶ Kant, I., *Crítica de la Razón Pura*, Colihue, traducción de Mario Caimi, 2ª edición revisada y ampliada, Buenos Aires, 2009, p. 849.

⁷ Hume, D., *Tratado de la naturaleza humana*, Orbis, Traducción de Feliz Duque, Barcelona, 1984, p. 26.

sorpresa y admiración al sernos propuesto proporciona tal satisfacción a la mente, que ésta se deleita en tan agradables emociones, con lo que nunca se dejará persuadir de que su placer carece por completo de fundamento.”